

Estirpe de sombras

JOSÉ LARA GARRIDO

Colección “Una promesa de morir amando”, José J. Labrador & Ralph DiFranco (dirs.), Moalde (Pontevedra), Cancioneros Castellanos, 2020, 72 pp.

Estirpe de sombras es el sexto poemario del hispanista José Lara Garrido, y el quinto publicado por la editorial Cancioneros Castellanos. Este es su libro más personal, más íntimo, como bien apunta el profesor Álvaro Alonso en su certero prólogo a la edición. Este nuevo cancionero se teje, precisamente, mediante el hilo indeleble de la memoria viva y del amor eterno del *yo* poético, los cuales propician —en todos sus pasajes—, un encuentro prodigioso e inesperado entre la historia universal y la historia particular, es decir, entre la historia de todos los hombres y la historia de un hombre solo; así lo anuncia, de hecho, el propio prólogo de la obra en uno de sus sonetos: “La Historia con mayúsculas se oculta/ en los paisajes vivos de otra historia/ que vive y parpadea en la memoria/ y que el tiempo ni apaga ni sepulta” (p. 21).

Esta dicotomía, asimismo, puede verse reflejada (de manera paradigmática) en el poema número 6, donde trata de rescatar a uno de

aquellos muchachos desaparecidos en la brutal Guerra Civil española: “En cada casa un hombre, / en cada casa un muerto, / y entre cada rincón y cada esquina / un oscuro secreto. / En la nuestra vivía, / habitando el silencio, / la sombra taciturna / del tío al que la guerra / visitó como un guerrero [...]” (p. 30); y también en el número 15, en el que el autor revisa las vidas de sus familiares, sabiéndose, probablemente, el último eslabón de esa estirpe, para declararlos, en claro eco del texto de Miguel Hernández, niños yunteros: “Tres hombres que nacieron para el yugo / y habitaron felices en sus tierras” (p. 48).

De este modo, el poeta nos transporta a un espacio muy concreto y alejado: las tierras de su infancia y de buena parte de su adolescencia, confesándonos que, a ellas se siente tan unido, tan atado, como a su propia madre, pues estas configuran, al fin y al cabo, los paisajes de su alma que, todavía hoy, lo caracterizan: “Cordón umbilical hacia el paisaje / en un ayer

remoto pero entero/que la ausencia perfila en verdadero/registro insobornable [...]” (p. 22). En este sentido, Lara Garrido necesita nombrar cuanto en el recuerdo vislumbra, dado que no se presenta únicamente como demiurgo de su universo poético, sino también como (re)creador, por ello, va nominando con gran tino, sílaba a sílaba, cada elemento de su recuperado *locus amoenus*: “[...] jaramago, negrilla, pimpinela, / o espuela de galán con campanilla, / pero miramelindo, arrebolera...». Y si en el plano exterior nos topamos con los paisajes campesinos, en el plano interior nos encontramos, acucianamente, con la casa de los abuelos maternos, la cual el poeta reconstruye palmo a palmo en su mente para volcarla luego en su escritura, siendo entonces patente el hecho de que el autor, si bien escribe con la voz del adulto, solo sabe mirar sus remembranzas con los ojos del niño que fue: “Se ilumina el rincón de la memoria / desde el zaguán y sus seguros lejos, / el mostrador de frutas, puro goce / de la huerta, nimbada para el niño / por el ir y venir de los abuelos / hacia aquel equinoccio de la casa” (p. 26).

Son, sin duda, las sombras del título, los protagonistas indiscutibles de este poemario, los antepa-

sados de su saga familiar, la cual se salva y se redime gracias a los gestos bondadosos de la abuela materna, quien mimaba, por ejemplo, a unos gazapos en una mañana gris invernal, y de ello el nieto aprende y graba el momento en su pupila: “[...] sé que el respeto hacia la vida / y el entusiasmo eterno / por la fragilidad del ser más débil / nacieron, me nacieron / en visitas a aquella jaula vieja / del pajar con la abuela / en los inviernos” (p. 37); o gracias al abuelo y al tío, el chacho viejo, quienes fueron “[...] desde niños pastores y yunteros [...]” (p. 53) y lo enseñaron, conjuntamente, cada uno a su manera, a amar el saber y las historias, la realidad y la fantasía, el silencio y la voz, “[...] oficiando / el rito de la sangre, / como haz y envés: caminos paralelos, / alimento y encarte / de los dos modos de cultura humana / que siguen habitándose” (p. 54).

El horror que fluye del episodio de la hermosa mujer de su tío, quien logró echar a la abuela de su hogar para adueñarse de la casa sin remordimientos; el pesar que produce la crudeza del episodio del gitano ambulante, quien perdió a su hija porque su yerno la envenenó vilmente con bolas de alcanfor; no restan, en absoluto, claridad alguna al poemario. Son estos y otros

episodios, por el contrario, rescatados del abisal olvido y de las sombras espectrales de un pasado. Y, al sacarlos, crueles, de la profundidad de la memoria, dejan entonces mitigar su negrura y aparecen blancos bajo la luz poderosa de los versos de José Lara Garrido, versos que, aunque no concluyen el recuerdo, que es pozo infinito, sí concluyen el libro: “Música de palabras que levanto / como un concierto de violines hondos / para ti, sombra amada sin contornos, / blanca abuela del sueño sin espanto” (p. 67).

Es este, en resumen, un poemario escrito en canto llano, acordado para pintar cuadros líricos de la España tenebrosa con dulce poesía. En la paleta del pintor brillan los colores, con el mismo intento de dar amor a viejos términos que, como las historias que rima, no pueden caer ya en el olvido. Y todo ello con aquella máxima machadiana que define la poesía como cosa cordial.

Pedro J. Plaza González
Universidad de Málaga